

Encontrando fotos ajadas – Egresados '82



Esse viernes 2 de Abril de nuestro 5to. año de Secundaria, año 1982, nos sorprendió la radio con palabras varias veces repetidas, como: “recuperación histórica de Malvinas”; “las Islas vuelven a ser Argentinas”; “operativos militares restituyen soberanía”. Así de recortada, escueta, tergiversada, sin demasiado desarrollo, con pobres comentarios equívocos y faltos de veracidad, como era casi toda la información “oficial” de esos días. Así se desplegó en desparejos comentarios a la entrada a la Escuela de Enseñanza Media N° 1 J. V. González, estatal y orgullosa, por supuesto.

Con Fabi y Charly éramos tres exponentes del grupo de los rebeldes; pelilargos de guardapolvos desalineados, empapados del rock que podíamos rescatar y de toda expresión artística que nos conmoviera. Así ingresamos al aula, con toda la incertidumbre con la que afrontábamos la situación inusual de la jornada, justo cuando el escenario tuvo un cambio rotundo y la profesora de Geografía hizo su entrada exultante, escarapela en pecho, atisbo de cón-

dor, haciéndonos poner de pie a raíz del “hecho patriótico que estábamos atravesando”, e indicándonos en su tono de película bélica que entonáramos el Himno Nacional, pasando por los pupitres y dirigiéndose al fondo, “nuestro lugar”, en el silencio preciso en que me oye decir más o menos este final de frase: “no sé cómo terminará esto, pero lo que sí es seguro, es que muchos de nuestros “colimbas” dejen sus vidas en esas islas”. Recuerdo que se dio vuelta, que me clavó más la vista desorbitada y sanguínea, que nos miró a los tres, que gritó palabras y frases como: “apátridas”, “cobardes”, “son una deshonra”, “delincuentes”, y quizá, pero no estoy seguro: “maricones” y “comunistas”, y con toda seguridad: “los voy a hacer echar”, “les voy a poner 25 amonestaciones”, mientras se dirigía taconeando rumbo a la Dirección. Los compañeros volvieron sus rostros hacia nosotros; no era la primera vez que nos amonestaban, o que nos convertíamos en alumnos indeseables aunque amados, pero sí esa vez tenía una connotación especial en una situación muy particular. Más



allá de nuestro gesto de suficiencia, creo que tragamos saliva esperando el veredicto.

Desde la Dirección que estaba pasando el patio y un pasillo se oían los gritos desenfrenados de la profe de Geografía regresando al aula con el Jefe de Preceptores, máxima autoridad de ese día, que trataba de calmarla en un tono conciliador. Ella parecía poseída. Le decía frases tales como: "o se van ellos o me voy", reforzando: "esto no va a quedar así, voy a llevarlo ante el Consejo Escolar". Cuando el "Viejo", institución en sí mismo, nos interpeló, alzando las cejas tupidas y afinando los bigotes desde sus casi dos metros, hizo sentar al resto de la clase y quedándonos sólo los tres de pie; tuve que repetir mi frase en el silencio total y quizá cuando justificaba mi postura, la profe volvía a entrar en crisis exaltada de aguilucho, buscando complicidad y aprobación en las otras miradas. ¡Cómo le hubiera gustado asistir a la plaza pública a contemplarnos subir al patíbulo y que nuestras cabezas ensangrentadas rodaran a sus pies ante la impecable justicia de una guillotina!

Sé que siguió un rato de silencio denso; creo que mientras el "Viejo" trataba de encontrar el castigo justo que nos dejara en el umbral de la expulsión pero apenas del lado de adentro, ella veía en nuestras figuras una parte de la deportación divina que suponía se daría desde las Falklands y sus habitantes: esa concepción totalitaria y excluyente en la que todo se soluciona con un corte abrupto y mudo.

Si bien no podíamos tener una posición tan acabadada respecto del momento histórico que estábamos viviendo, a nuestros 17 años, el aliento fluía con su agitado abanico de sensaciones, y había algo indescriptible que me tranquilizaba para cuando tuviera que rendir cuentas ante mis padres. O serían parte de los misterios por descubrir, porque cuando esa tarde, casi inexplicablemente, la gente se autoconvocó colmando la Plaza de Mayo y un trasnochado Galtieri salió al balcón a saludar, ebrio de júbilo, desde este lado del televisor mi Tía Madrina dijo lo que debió haber pasado por muchas otras mentes, y hoy causaría negación y vergüenza: "se parece al General"; y yo, sin haber participado de ninguna de todas las marchas que ella vivió con mi mamá, volví a mirarla incrédulo, reclamándole: "¡No ves acaso que no tiene nada que ver!", y ella bajaba su mirada, entre reflexiva y dubitativa, como aprobando mi reto irrespetuoso.

Volvía a ser espectador de sentimientos encontrados unos días después cuando algunos de "nuestros" músicos se juntaron, aprobados por la Junta Militar, en un concierto bajo el lema "Mucho rock por algo de paz", pero creo que esa ya pasa a ser otra foto.